

exactamente las necesidades del espíritu y las armonías de la Religión, y que han obedecido á las mas sublimes inspiraciones en el órden del sentimiento. No debemos vituperarles, si prefiriendo lo segundo á lo primero no fueron de nuestro gusto.

Y ¿cómo se conducen la Reforma y las sectas filosóficas con los cadáveres de sus infelices y desgraciados prosélitos? ¿Dónde están sus celitas ó hermanos sepultureros, ó cosa que se les parezca?

Dirémos únicamente que no concebimos que puedan ser caritativos con los muertos cuando han hecho desaparecer la caridad de entre los vivos, y tampoco concebimos que pueda inspirarles compasion en el sepulcro aquella persona que abandonaron con inhumana dureza y vil cobardía en el lecho de muerte.

Pasemos ya á examinar los principales beneficios que podemos dispensar al espíritu, recorriendo ligeramente las obras espirituales misericordiosas del Catolicismo, las cuales, como dice Gaume, al paso que revelan la infinita sabiduría que las dictó, presentan en toda su desnudez el divino corazón de Nuestro Señor. «Ellas son otros tantos remedios «y recursos puestos en el camino de la vida, ya para curar, «ya para guarecer al alma de sus enfermedades, siendo im-
«posible discurrir mejor un órden de auxilios mas bien *tra-*
«*bados*, mas completos y mas propios para asegurar la salud
«del alma, y por consiguiente su dicha y la de la sociedad
«de que es inseparable (1).»

CAPÍTULO VI.

OBRAS ESPIRITUALES DE MISERICORDIA.

§ I.—PRIMERA: *Enseñar al que no sabe* (2).

No puede negarse que la ignorancia degrada é infelicitá al hombre, y esta es una de las muy pocas materias sobre las que discurrió con acierto la filosofía pagana, al decir que á la ignorancia acompaña con frecuencia la miseria y la es-

(1) *Catecismo de Perseverancia*, parte 2, leccion XLVI.

(2) «Qui suscipit animas sapiens est.» (*Prov.* XI, 30).

clavitud moral, y que únicamente el sábio es en realidad *rico y libre* (1).

La sabiduría es la cosa que mas eleva y dignifica al hombre en el órden natural, y lo que inspira la admiracion mas pura y simpática. Generalmente al sábio se le admira y á la vez se le ama ó inspira al menos simpatías; mas á otras personas justamente célebres por otro concepto que el de la ciencia, tambien se las admira, pero no siempre va unida á la admiracion la simpatía, y aun á veces se la une el temor. La admiracion que inspira la ciencia es tambien la mas asombrosa de todas las admiraciones, porque es inspirada por un objeto de difícil adquisicion, y sabido es que el hombre no admira tanto lo *que se persuade* que él tambien puede hacer, aunque en realidad no sea capaz de hacerlo, como lo *que cree* que no puede hacer, engañándose aunque fuera capaz de hacerlo. Ninguno hay que al oír un rasgo de valor militar, de heroismo, de abnegacion y de sacrificio, no se crea capaz de hacer lo mismo si se hallara en igual caso, porque todos tienen dentro de su pecho, unos mas vivos que otros, los móviles que les sugieren esta persuasion, á saber, el entusiasmo, el coraje, el amor á la patria, la compasion, etc. Pero si estos mismos oyen hablar de la gran ciencia de una persona, ya no se sienten con fuerzas para imitarla, y se anonadan ante ella, porque les falta aquello que les prestaria estas fuerzas, que es el talento y la natural capacidad, las cuales no están en su mano. Resulta que la mayor ó menor admiracion del hombre hácia el hombre no proviene de la mayor ó menor grandeza ó maravilla de la cosa admirada, sino del mayor ó menor sentimiento de fuerzas propias para hacer lo mismo. Pero nos distraemos.

Si la ignorancia hace infeliz al hombre tanto como la ciencia y la ilustracion le hacen dichoso; si la ignorancia le degrada (como que es precisamente un efecto de su prevaricacion que fue la degradacion primera, inmensa y origen de todas las demás degradaciones); si la ignorancia, repetimos, le degrada, tanto como la ciencia le dignifica, es evidente que el Catolicismo, que impulsado por el *docete omnes gentes* con que su Autor divino envió á los Apóstoles (*), improvisó doquiera púlpitos, abrió cátedras, estableció biblio-

(1) Cicero, *Paraísova ad M. Brutum*.

(*) Última órden que les dió, y por lo tanto de las mas esenciales, da-

tecas en las iglesias catedrales, levantó en todas partes escuelas gratuitas y públicas (1), y fundó las universidades; el Catolicismo, que inspirando á ciertos hijos suyos á quienes el Filosofismo se ha permitido apellidar *ignorantes y fanáticos*, la feliz idea de sepultarse entre el polvo de las bibliotecas, para evitar el que fuéramos completamente idiotas, preservó en los siglos bárbaros de la general devastacion y ruina las luces que desde los Apóstoles hasta nuestros dias ha llevado incesantemente por todos los países conocidos del universo; el Catolicismo, que en todos tiempos tomó á su cargo la instruccion pública, que en todos tiempos ha conducido de frente las ciencias, y que ha hecho por último de la enseñanza *una obra meritoria* para estimular á ella (2), y hasta un deber para obligar al sábio á difundir sus conocimientos, es evidente que ha intentado é intenta en esto, como en todas sus doctrinas, el logro y el aumento de la dignidad y de la dicha del hombre, el adelanto y la civilizacion de la sociedad. «Así es, observa Bergier (3), que ninguna religion ha inspirado á sus sectarios tanto celo por la instruccion de los ignorantes como el Cristianismo: ninguna ha producido un número tan grande de sábios: fuera de las naciones cristianas casi todas las demás son aun ignorantes y bárbaras: las que han tenido la desgracia de renunciar al Cristianismo, han recaído muy luego en la barbarie. Aunque nuestra Religion no tuviese otra señal de verdad, esta sola debería bastar para hacérsela muy cara.»

Y ¿de qué modo han influido la Reforma y el Filosofismo en esta parte? Oidlo. Primero, arrebatando al Catolicismo el magisterio que siempre tuvo, prefiriendo en odio suyo hasta la enseñanza judáica á la católica, y luego profanando los púlpitos, derribando las escuelas gratuitas, haciendo á la instruccion patrimonio exclusivo de los ricos (peor es lo que sigue), falsificando la enseñanza, reducida á predicar que la

do que es natural inculcar los avisos mas importantes al ausentarse y partir.

(1) Concil. Constantinop. VI general. Sin ir mas léjos san Juan Evangelista estableció una en Éfeso, y su discípulo san Policarpo otra en Smirna.

(2) De ahí esas escuelas pias y de caridad que jamás habrian fundado ni la filosofía ni la política.

(3) *Diccionario*, artículo *Escuela*.

Religion es una fábula, el hombre un bruto, y el placer la moral: sembrando errores en vez de dilucidar verdades, trastornando las ideas y los principios, truncando la moralidad y extraviando y pervirtiendo la filosofía, la sana razon, los criterios de verdad, en fin, lo que se llama conciencia pública, é introduciendo «*esa moral natural filosófica*, ó mejor «dicho *animal*, mas digna de los establos de Epicuro que «de una escuela de educacion (1).»

¿Quereis ver la influencia moral y la accion instructora de la Reforma? Pues recordad que la Inglaterra, que domina hace un siglo en las Indias, no ha sido poderosa aun para extraer á aquellos países de la mas grosera ignorancia. Verdad es que allí solo buscan el oro, y se cuidan muy poco de la instruccion. Nuestros Jesuitas y Capuchinos sin otros medios que sus Breviarios obtienen allí mas para la civilizacion y el Cristianismo que la propaganda inglesa con sus inmensos recursos.

¿Quereis ver el monumento que pudo levantar el Filosofismo á mediados del pasado siglo? Ved esa vasta Enciclopedia «monstruoso conjunto de sedicion, de corrupcion, de irreligion y de incredulidad.» Así el decreto de supresion en 1752 de los dos primeros volúmenes.

Han, pues, atacado á la enseñanza de dos maneras, una haciendo imposible á muchos la entrada en el terreno de la instruccion, aunque, á decir verdad, por ser esta instruccion como es, no es mucho el daño que por este lado causan, y otra promoviendo una instruccion nociva, extraviada y falsa (*). De modo, que los así instruidos han alcanzado una ciencia nula, peor que nula, perjudicial; en fin, aquella sabiduría del mundo que, como dice el Apóstol, *es locura delante de Dios* (2). Y las masas á quienes no llega ninguna clase de instruccion permanecen en la ignorancia natural y absoluta. Y ¿qué ha sucedido? Lo que debía suceder, á sa-

(1) Bergier, *Diccionario*, artículo *Educacion*.

(*) Rousseau anuncia terminantemente que dará á su Emilio una educacion *regulada por el instinto del bruto*; y para hacerle sábio, es necesario, dice, hacerle antes *ladron y tunantuelo*. ¡Qué tal! En cuanto á religion jamás dice una palabra á Emilio sino para mofarse de ella. No quiere que las jóvenes practiquen la devocion, porque *ella las expone á que se corrompan*: quiere sí que se las hable claramente de las obligaciones de su sexo, etc. Y por último escribe que las exhortaciones y las moralidades son *la muerte de la educacion* de uno y otro sexo.

(2) I Cor. III, 19.

ber, que á los primeros ha enfangado su falsa ciencia en las riquezas, en los goces y en los placeres, dado que la virtud es fruto exclusivo de aquella verdadera sabiduría, *cuyo principio es el temor de Dios* (1), que tan léjos está de ellos; y las segundas han venido á parar á esa inmensa miseria y degradacion moral en que las vemos sumidas, degradacion comparable únicamente al embrutecimiento de los pueblos paganos.

§ II.—SEGUNDA: *Dar buen consejo al que lo ha menester.*

El talento, como todo cuanto sea un don puro de Dios que no exija el concurso del hombre, no puede ser sujetado á dominio ni á derecho de propiedad, sin cometer una detencion criminal. Bien claramente nos lo ha dado á entender así Dios, dando al mérito y á la gracia el carácter de reversibles. De este mismo carácter dotó Dios al talento y á la prudencia, con la diferencia, de que él se reservó realizar la reversibilidad de la gracia y del mérito; aquí mediaba el bien por excelencia de los demás, y no quiso fiarlo á nuestro egoismo, ¡qué prevision! ¡qué caridad! mientras que la reversibilidad del talento se la prescribió y confió al hombre: de aquí es que no puede el hombre abarcar su mérito ni encerrar su gracia de modo que los otros hombres no puedan participar de ella; pero sí puede guardar de tal manera su talento que los demás no se aprovechen de él, en cuyo caso, no obstante, sería un usurpador punible, porque el mismo que no quiso que el mérito se encerrara dentro del hombre, sino que se transmitiera á todos para utilidad de todos, «tampoco quiso que la antorcha fuese puesta bajo del «celemín, sino sobre el candelero para que alumbrara á todos (2).»

Bien persuadidos los católicos instruidos de todos tiempos de que Dios no concede el talento ni los dones de la prudencia y del consejo para el individuo, sino para la sociedad; que estos dones imponen verdaderos deberes, y que el sábio no es otra cosa que el conducto de la instruccion que Dios envía á los hombres, un administrador suyo que ha de rendirle cuenta, y su limosnero para el socorro de la indi-

(1) Ecll. I, 16.

(2) Matth. V, 15.

gencia intelectual y moral; todos se han apresurado á porfía, ya de palabra, ya por escrito, á aconsejar á los hombres lo útil y lo conveniente, y á dirigirlos por la senda de la dicha y de la verdad. Y todo con el mayor desinterés y generosidad, y aun arrostrando para ello innumerables peligros, persecuciones y calumnias.

Pero ¡cosa singular! lo que no podia ser extraido del terreno del dominio particular sin hundirse la sociedad, como el poder y las riquezas, esto mismo ha sido extraido por la Reforma y el Filosofismo; y lo que no podia ser sacrificado ó sujetado á una autoridad doctrinaria puramente humana, como las luces y el mérito moral, sin hundirse la civilizacion, esto mismo fue sacrificado y sujetado. Truncada la verdadera filosofía y falsificado el prisma de las ideas y opiniones de los hombres, todas sus inspiraciones y resultados tuvieron que ser necesariamente extraviados y torcidos. Y según esto ¿cómo ó en qué sentido aconsejaron á los hombres? ¿de qué modo satisficieron su necesidad moral consistente en el temor, en la indecision y en la duda? ¿cómo correspondieron á esa ansiedad y malestar natural del hombre falto de consejo, y disiparon sus crueles incertidumbres? Lo diremos en pocas palabras.

En primer lugar nadie ha menester los consejos que dieron y dan; y en segundo lugar tales fueron y son estos consejos, que en el orden político llevaron y llevan á los aconsejados al caos y á la anarquía; en el orden religioso á la incredulidad y á la idolatría, y en el orden moral al envilecimiento y á la condicion de cuadrúpedo.

§ III.—TERCERA: *Corregir al que yerra* (1).

Si la principal mision del Catolicismo es la enseñanza de las verdades, la correccion de los errores es la que la sigue, y predicando á la vez la caridad y la paciencia, su sistema de correccion es suavísimo.

Corregir los errores exige alguna autoridad y superioridad en el corrector sobre los corregidos. Sin embargo, persuadido el Catolicismo de que todos los hombres sin excepcion están sujetos á error, en sus vivos deseos de que to-

(1) «Corrige al amigo... corrige al prójimo.» (Ecll. XIX, 13, 14).

dos sean corregidos, crea esa hermosa correccion fraterna que en vez de destruir la sumision y el reposo le consolida, correccion basada en el gran principio de la caridad y fraternidad que introdujo entre los hombres (1). ¿Quién se atreverá fuera del Cristianismo á advertir sus faltas á sus superiores?

Todos los errores caen bajo el inmenso sistema de correccion del Catolicismo, los errores en el órden político, los errores en el órden social, y los errores en el órden moral. Y ¿cuáles son sus armas al efecto? La persuasion, el consejo, la evidencia con que hace ver la conveniencia y ventaja propia, el atractivo de un premio grandioso é infinito, las instancias y hasta las súplicas y los ruegos; y si á pesar de todo esto el error persiste contumaz é incorregible, entonces el Catolicismo afligido de dolor y violentando sus inspiraciones compasivas se ve obligado á imponer un castigo ¡que no es pena y sí medicina! El Catolicismo no usa castigos ni penas propiamente dichas: su indisputable potestad coercitiva es suave y provechosa á sus extraviados hijos; él jamás castiga para herir sino para curar, y hasta quiso que sus preceptos fuesen llamados *cánones*, esto es, reglas, y no leyes, por hacérsele dura esta denominacion. «No repruebo, dice san Agustin, por cuyos labios hablaba la religion católica, no repruebo que se castigue, pero como quien ama, como quien corrige (2).» Es una gloria para el Catolicismo que la reforma penitenciaria y el sistema celular tan fecundos en ventajosos resultados morales hayan partido de su corazon, de su centro, de Roma, de su jefe supremo el Soberano Pontífice.

Es innecesario, por ser demasiado evidente, detenernos á probar la dignidad, la dicha y la paz que resultan á la sociedad y al individuo de la correccion de los errores políticos, morales y sociales, que viene á ser la correccion universal, la correccion de los delitos, de los crímenes y de los vicios. ¿Cómo han corregido los errores la Reforma y el Filósofimo?

Sabido es que un confesonario es un correctivo, aunque

(1) «Qui corripit hominem, gratiam postea invenit apud eum.» (*Prov. c. xxviii, 23*).

(2) «Adhibeantur pœnæ non recuso, non interdico, sed animo amanti, animo diligentis, animo corrigentis.» (*Serm. XIII, cap. 7, num. 8*).

mas suave, mas eficaz, sin embargo, y poderoso que todos los códigos penales y toda la fuerza de las bayonetas; pues bien, los confesonarios han sido hechos astillas por el hacha de los reformadores, ó reducidos á cenizas por sus teas incendiarias. ¿Cómo corrigen á sus prosélitos los errores respecto del camino de la salvacion? Muy sencillamente, diciéndoles que en esto no pueden errar por donde quiera que giren, excepto si marchan por donde únicamente pueden acertar, asegurándoles que todos los caminos son malos, excepto el realmente falso que les indican, ó que todos son buenos, excepto el único verdadero de que los apartan.

Y el Filósofimo ¿ha corregido los errores? ¡ah! este los ha hallado en todas partes, hasta en Dios mismo, sobre cuya sabiduría se ha remontado y ha dicho desde la tribuna revolucionaria: «Corrijamos los errores de la tierra y los del cielo (1).» Compadezcamos á tales hombres si lo permite la indignacion que excitalab la sfemia. La escuela ecléctica y la del progreso pretenden hoy tambien enmendar la obra de Dios.

Pero ¿cómo el error ha de corregir los errores? ¿será tan insensato que quiera corregirse á sí mismo? No: y confesamos que en esto los protestantes y los sofistas han sido muy consecuentes. Pero como en todo caso era necesario que una mision *reformadora* corrigiese de un modo ó de otro, sucedió que aquellos corrigieron los aciertos y las verdades, retrayendo de ellas á sus secuaces. Y como el acierto y la verdad en el órden político y religioso es la paz y la dicha, la dignidad y la virtud, y como es de esencia de la correccion el que produzca un resultado contrario, sucedió que surgió doquiera la guerra, la infelicidad, la degradacion y el crimen. Los códigos que redactaron solo iban dirigidos contra los hombres virtuosos y honrados, y nada se cuidaban de la represion de los verdaderos delitos. ¿No han patrocinado, por el contrario, en sus escritos todo género de crímenes, llevando los políticos hasta el regicidio, los sociales hasta la anarquía, los religiosos hasta la idolatría y el Panteismo, y los morales hasta la infamia y la degradacion?

(1) Cerutti, *Exposicion de los derechos del pueblo*, citado por Gaume en *la Revolucion*.

§ IV.—CUARTA: *Perdonar las injurias.*

«Dar de comer al que tiene hambre, dice san Agustín (1), «de beber al que tiene sed, vestir al desnudo, dar posada al «peregrino, refugiar á un fugitivo, visitar á un enfermo ó «preso, rescatar á un esclavo, sostener á un débil, curar á «un herido, dar un consejo al que le precisa, y al indigente lo «que necesite, no son las únicas especies de limosnas, sino «perdonar al que peca, ó corregir cuando hay autoridad pa- «ra ello, olvidar y perdonar de corazon la injuria que se re- «cibió, pidiendo á Dios que dispense favores al que se la «hizo: estas son obras de misericordia que se pueden mirar «como limosnas.»

Tampoco se ocultó á la filosofía pagana lo que el perdon de la ofensa tiene de digno, de elevado y de noble (2), si bien esta opinion no estaba generalmente extendida, ni mucho menos formaba lo que se apellida conciencia pública, dado que el mismo Jesucristo decia á los Apóstoles haberse dicho á los antiguos «aborreceréis á vuestros enemigos (3).»

Entre los romanos habia muchos, segun Salustio, que preferian el perdon á la venganza, y, segun Ciceron, que dió excelentes lecciones sobre la materia, César no olvidaba mas que las injurias (4). Por cierto que en nada se parecian

(1) «Non solum ergo qui dat esurienti cibum, sitiendi potum, nudo «vestimentum, peregrinanti hospitium, fugienti latibulum, ægroto vel «incluso visitationem, captivo redemptionem, debili subventionem, cæ- «co deductionem, tristi consolationem, non sano medelam, erranti viam, «deliberanti consilium, et quod cuique necessarium est indigenti, ve- «rum etiam qui dat veniam peccanti eleemosynam dat, et qui emen- «dat verbere in quem potestas datur vel coercet aliqua disciplina; et «tamen peccatum ejus, quo ab illo læsus aut offensus est dimittit ex «corde, vel orat ut ei dimittatur, non solum in eo quod dimittit atque «orat, verum etiam in eo quod corripit, et aliqua emendatoria pœna plec- «tit eleemosynam dat, quia misericordiam præstat.» (*Enchiridion; sive de fide, spe et charitate*, lib. unus, cap. 72).

(2) «. Minuti

«Semper et infirmi est animi exiguisque voluptas

«Ultio.» (*Juven. Satyr. XIII*).

(3) «Odio habebis inimicum tuum.» (*Matth. v, 43*).

(4) *Pro Ligario*. «Spero, Cæsar, qui oblivisci nihil soles nisi injurias.» Conócese fácilmente que habia alguna exageracion que puede pasar en una defensa para mover al perdon. Lo que no se concibe muy bien es como este gran santo del Paganismo, que tanto invocaba la clemencia en el *Joro* haciendo su panegirico y aun adulando con ella á los jueces, en sus principios morales la condenase alguna vez con Aristóteles como *debilidad*, y justificase la venganza.

á este Emperador los soberanos de Atenas que encargaban á sus sucesores, por medio de enigmas y emblemas fijados en sus sepulcros, que vengasen las injurias que les infirieron.

Los emperadores cristianos no se contentaron con olvidarlas, sino que las perdonaban cordialmente y las compadecian. Constantino perdonó á los romanos las injurias que le habian hecho, sin exceptuar á los que habian ultrajado sus estatuas (1). Teodosio, Arcadio y Honorio ordenaron al prefecto Rufino que no castigara las murmuraciones del pueblo contra ellos, porque si nacian de ligereza se debian despre- «ciar, si de furor compadecer, y si de malicia perdonar (2).»

El Cristianismo corroboró desde su cuna (3) el pensamiento de la filosofía, pero ennobleciendo los motivos, ó, mejor dicho, variando los motivos de perdon. La filosofía perdonó alguna vez por fausto y por vanagloria (*), pero el Cristianismo ordenó que se perdonase por humildad y caridad. En la filosofía era voluntario el perdon de la injuria, el Evangelio le presentó obligatorio, é hizo de él un precioso deber: en fin, la filosofía enumeraba entre los hombres de bien al que siendo injuriado, *laccessitus injuria* (4), hacia daño á su ofensor para vengarse de él; pero «el Catolicismo «no tolera entre los hombres de bien al hombre vengativo.» «El cristiano, decia el elocuente Tertuliano, de nadie es «enemigo (5), ni á cristiano alguno le es permitido aborre- «cer á nadie.» Y san Gregorio Nazianceno decia tambien á los gentiles de su tiempo: «Nosotros bendecimos á los que «nos persiguen, y si nos dan una bofetada en la mejilla de-

(1) Tillemont.

(2) Tit. 7, lib. 11, Cod.

(3) Levit. xix, 18; Eccl. xxviii.

(*) Y por un orgullo insensato. Así la paciencia estóica de Caton en las injurias procedia, como observa Malebranche, de reputar este bizarro filósofo á sus enemigos como bestias, contra las cuales era degradante encolerizarse.

(4) Cic. *De officiis*, lib. III, cap. 18 et 19. «Se ipse doceat eum virum bonum esse qui prosit quibus possit, noceat nemini, nisi laccessitus injuria.» Oh hermosa sentencia, exclama Lactancio, afeada con la adición de las dos últimas palabras: «O quam simplicem veramque sententiam duorum verborum adjectione corruptit! Quid enim opus erat adjungere nisi laccessitus injuria?» (*Divin. instit.* lib. VI, *De vero cultu* cap. 18).

(5) «Christianus nullius est hostis.» (*Ad Scapulam*, cap. 2). «Male enim velle, male facere, male dicere, male cogitare de quoquam, ex æquo «vetamur.» (*Apolog.* cap. 30).